

persiguiendo el de Parma á su enemigo, que se refugiaba en los muros de esta plaza. Era la intencion de Alejandro entrarse en ella al mismo tiempo que sus enemigos, aprovechándose del desorden. Mas los de adentro, apercibidos, tomaron sus precauciones y le hicieron retroceder con pérdida no pequeña, pues entre muertos y heridos tuvo fuera de combate muy cerca de ochocientos hombres.

No estaba por su parte ocioso Francisco Verdugo, que en nombre del rey mandaba en Frisia. Puso sitio á la plaza de Lochen, y aunque la tenia en muy grande apuro y próxima á rendirse, se vió precisado á levantar el sitio, por el refuerzo que el duque de Anjou le envió oportunamente. Fué mas feliz Verdugo en la plaza de Stenowich, que tomó por sorpresa, estando el gobernador y los principales jefes de la guarnicion celebrando un festin por una victoria que habian conseguido algunos dias antes, proporcionándoles el saqueo de un pueblo muy considerable de las inmediaciones. Y mientras estos sucesos ocurrían, intentaron las tropas de los confederados otra sorpresa en la plaza de Lobayna, y que no tuvo efecto, pues euando ya habian escalado y subido á lo alto de los muros, cubiertos con las tinieblas de la noche, acudió la guarnición á tiempo á la voz de su gobernador, repeliendo á los asaltadores con gran pérdida.

Así continuaba la guerra por una y otra parte, siempre con mayores ventajas para el príncipe de Parma, cuando acontecimientos de un orden mas importante vinieron á dar realce al cuadro en cuyo bosquejo nos estamos ocupando.

## CAPITULO LII.

Intenta el duque de Anjou hacerse dueño absoluto de los Países-Bajos.--Su ataque infructuoso sobre Amberes.--Resentimiento del país contra los franceses.--Negociaciones del príncipe de Parma con el duque de Anjou.--Infructuosas.--Intenta el príncipe de Orange reconciliar los Estados con el duque de Anjou.--Se retira éste á Dunquerque.--Se apodera el príncipe de Parma de varias plazas.--Batalla de Emistemberg.--Se retira á Francia el duque de Anjou.--Toma Alejandro á Dunquerque y á Newport.--Conquista igualmente otras plazas menos importantes del Brabante.--Pide mas refuerzos al rey y los consigue.--Guerra de Colonia.--Bloquea Alejandro á Iprés, Brujas y Gante.--Se rinden las dos primeras plazas.--Fluctúa la tercera.--Llaman los Estados otra vez al duque de Anjou.--Muerte de este príncipe.--Muerte del príncipe de Orange, asesinado en Delft.--Su carácter.--Le sucede el príncipe Mauricio.--Piden los Estados la proteccion del rey de Francia.--Negativa.--Acuden á la reina de Inglaterra (1).

1581—1584.

**E**STABA desazonado el duque de Anjou por el poco poder que ejercía realmente sobre sus nuevos súbditos. Habian éstos restringido demasiado los límites de su autoridad para halagar la ambición de un príncipe educado en los principios de un gobierno absoluto, y que además se consideraba heredero de una corona tan poderosa como la de Francia. Participaban de sus sentimientos la mayor parte de los jefes franceses que corrían su fortuna, y sus consejos no servían mas que para encender el ánimo de un príncipe inconstante por naturaleza, amigo de novedades, y de ninguna sinceridad en sus palabras. Le decían que los Estados del país habian querido adularle con el vano título de duque de Brabante, sin darle rentas, sin poner castillos ni fortalezas á su devoción, sin conferirle un poder real, pues nada podía hacer el duque de Anjou sin su consentimiento. Que igual suerte

(1) Las mismas autoridades.



habia cabido al archiduque Matías, gobernador nominal, y que solo habia servido para cohonestar la rebelion de los Estados contra el rey de España; que el verdadero director, el verdadero gobernador en los Países-Bajos, era el príncipe de Orange, á cuyos consejos tenia el duque de Anjou que deferir como si fueran verdaderas órdenes; y en fin, que esta restriccion de facultades, este simulacro de poder, eran la verdadera causa de la frialdad con que era auxiliado por su hermano. ¿A qué empeñarse en efecto en gastos, á qué hacer grandes sacrificios que ningun beneficio habian de producir ni para el rey de Francia ni para el mismo duque, reducido á un papel tan subalterno?

No podia menos de encenderse con estas insinuaciones el enojo del príncipe francés, tan inclinado de suyo á partidos violentos, que se creia agraviado y ofendido. Para sondar las intenciones del pais y tener un pretexto de ruptura, hizo proponer á los Estados que hallándose éstos con tanta necesidad de los socorros de Francia, para acabar de sacudir el yugo de la España, declarasen que en caso de morir sin hijos el duque de Anjou, seria su heredero el rey su hermano, en cuyos Estados se incorporarian definitivamente los Países-Bajos. Mas estaban éstos muy lejos de asentir á una medida que amenazaba tan de cerca su propia independencia.

En vista de esta negativa, se decidió el duque de Anjou á poner en planta el proyecto que le sugirieron sus principales allegados. Se reducía por entonces á echar las tropas del pais de las plazas donde se hallaban jefes franceses de gobernadores, y declararlas bajo la inmediata dependencia del príncipe de Francia. Para esto se dió orden de que provocasen de cualquier modo un alboroto popular ó cualquiera otro desorden que hiciese algo plausible la adopcion de la medida. El mismo duque se encargó de esta operacion en Amberes, donde entonces residia.

Pretestó para este objeto la necesidad de pasar una revista á las tropas de su nacion en las inmediaciones de la plaza. Tuvo lugar la reunion al pié de las mismas esplanadas. Cuando mas descuidados estaban los de adentro, se destacaron del cuerpo ó division hasta tres mil infantes y ochocientos caballos, que con la velocidad del rayo se apoderaron de los puentes levadizos y principal puerta de Amberes, cuya guardia pasaron á cuchillo. Inmediatamente se precipitaron sobre la ciudad, que trataron de ocupar militarmente, dando las dos solas voces de *misa y duque*, con que querian dar á entender el restablecimiento de la fé católica y el poder absoluto del nuevo gobernante. Habia dado el duque de Anjou orden á estas tropas de que pensasen solo en ocupar militarmente la plaza, sin propasarse á excesos ni desórdenes; más en medio de esta ocupacion, tuvo lugar el saqueo y el pillaje, sin duda por no querer los que entraban antes partir el botin con los compañeros que despues llegasen.

Se quedaron al principio atónitos los vecinos de Amberes con los gritos y alborotos que estos desórdenes causaron. Se creyó al principio que era una riña de estas que ocurren tan frecuentemente entre militares y paisanos. Mas cuando se enteraron del hecho, cuando vieron que se convertian en enemigos los que habian entrado como aliados, y el eminente peligro en que se hallaban su libertad, sus haciendas y sus vidas, pensaron seriamente en defenderse y oponer, aunque en desorden, la mas obstinada resistencia. Inmediatamente atrancaron las puertas de sus casas, barrearón las calles, y se subieron á las ventanas y tejados, de donde hicieron fuego sobre los franceses, arrojándoles ademas piedras, agua hirviendo y toda especie de materias inflamables. Era muy poca la fuerza que habia entrado para vencer la resistencia de una poblacion tan considerable, dedicada toda á su exterminio. Los que estaban ocupados en el pillaje fueron victimas de su codicia. Los demas desatentados, consternados en alas del pavor, se dirigieron á la puerta por



donde habian entrado; mas aqui se encontraron con un obstáculo que aumentó el desorden y la carnicería.

Aguardaba con ansia el duque de Anjou desde afuera el resultado de la intentona sobre Amberes. Al oír los gritos y el tumulto que se habian levantado en la ciudad, creyó que los suyos estaban en peligro, y que de todos modos convenia enviarles tropas de refresco. Inmediatamente destacó otro cuerpo, que corrió precipitado á la ciudad; mas al llegar á la puerta se encontró con el primero, que corria perseguido por la muchedumbre. Causó este encuentro repentino entre unos y otros la confusion que puede imaginarse, y como los fugitivos tuvieron que detenerse en su marcha, pudo cebarse mas en ellos el furor de aquellos habitantes. Embarazados unos con otros los soldados, no podian hacer uso de sus armas; con los que habian entrado antes perecian asimismo los que habian venido á socorrerlos. Se cubrieron poco á poco de cadáveres los fosos: muchos fueron precipitados de lo alto de los muros. La mortandad fué grande. En dos mil se computó la pérdida de los franceses en aquella refriega, que acabó para siempre con el prestigio y fuerza moral de aquellos imprudentes extranjeros.

Salvada de este modo la plaza de Amberes, y avergonzado el duque de Anjou de lo mal que le habian salido sus designios, se retiró con sus tropas, y no pudiendo emprender su marcha por el Escalda, cuyo paso le tenian los del pais interceptado, tomó un rodeo para llegar al punto de Vilvorde, donde hizo alto para deliberar sobre sus operaciones ulteriores.

Al mismo tiempo que se verificaba el ataque de Amberes, intentaban la misma operacion, segun las órdenes del duque de Anjou, en otras plazas de los Países Bajos. Se apoderaron los franceses por los medios que se les habian indicado, de Terramunda, Dismunda y Dunkerque. Mas se les resistieron las de Newport, Ostende y Brujas.

Fácil es imaginar cuán agradable debia de ser á los

ojos de Alejandro aquel suceso tan desgraciado para los franceses. Rotos en cierto modo los vínculos que unian al duque de Anjou con los Estados, no podian ya naturalmente contar estos, ni con las tropas ni con la proteccion del rey de Francia. En la altura á que se hallaban los negocios, tres expedientes le propuso el Consejo al príncipe de Parma: ó que se dirigiese á los Estados, negociando de nuevo una reconciliacion con su antiguo señor, ó que negociase con el duque de Anjou la entrega de las plazas que ocupaban los franceses, ó que sin perder tiempo, continuase las operaciones militares, aprovechándose de la confusion y el desaliento, que no podia menos de producir la separacion de los franceses.

El primer proyecto no era practicable. Estaban demasiado empeñados los flamencos en la obra de su insurreccion, para pensar seriamente en volver á la obediencia. Por otra parte, era imposible que obrando estos bajo la direccion del príncipe de Orange, consintiese éste en semejante paso, con un rey que le tenia proscripto, con quien estaba empeñado en una guerra encarnizada á muerte.

Con el duque de Anjou no eran tan difíciles las negociaciones, por lo irritado que estaba este príncipe con los Estados. No era en verdad de poca monta la entrega de tantas plazas que estaban en su poder; mas algunas situadas en el interior del pais, no le podian servir de alguna utilidad, teniendo que evacuar á Flandes. Se entablaron, pues, de una y otra parte negociaciones, pero sin efecto. Pedia el duque de Anjou por las plazas, cuya entrega solicitaba el príncipe de Parma, otras no menos importantes, que se hallaban en las fronteras de la Francia. Sin duda contaba demasiado el de Parma con el despecho del príncipe francés, y éste tenia algunas miras á volver á términos de buena amistad con los flamencos.

A pesar de la irritacion que habia producido en el pais la conducta pèrfida del duque de Anjou, no desconocian su posicion, hasta el punto de negar oídos á pro-



posiciones de esta clase. El príncipe de Orange, siempre sagaz y previsor, sin tratar de defender ante los Estados la conducta del duque, antes bien vituperándola como era justo, les hizo ver lo peligroso que era para ellos llegar á una ruptura abierta, con un príncipe que podia disponer de muchos medios, tanto suyos como de su hermano, hallándose sobre todo los Estados con muchos apuros, y sin esperanzas de ningun aliado poderoso; que la misma reina de Inglaterra, tan favorecedora en otro tiempo de los Países-Bajos, miraria con disgusto que desechasen para siempre un príncipe, á quien daba pruebas claras de su benevolencia, y sobre todo que reflexionasen los males incalculables que caerian sobre el país, si aprovechándose Alejandro de esta desunion, conseguia hacerse dueño de tantas plazas importantes, que estaban á la sazón en poder de los franceses.

Las razones del príncipe de Orange no podian ser mas convincentes, y aunque se las sugeria en parte su propio interés personal, era tambien el de los Estados escucharle. No estaban ya los ánimos cerrados á una avenencia que pudiese neutralizar los males ya causados. Por otra parte, el duque de Anjou habia hecho en cierto modo apología de su anterior conducta. Los Estados comenzaron pues á aflojar, dejando de interceptar el paso al duque de Anjou, que se hallaba cercado tanto por mar como por tierra. Sin concluirse pues nada de una y otra parte, se dirigió el príncipe francés á Dunkerque, para entablar desde este punto las negociaciones.

Restaba pues al príncipe Alejandro el tercer expediente que le habia propuesto su Consejo, á saber: el continuar la guerra con actividad sin pérdida de tiempo. Era sin duda el mas prudente y el mas análogo al carácter del general español, tan entendido en las artes de la guerra, como entusiasmado por las glorias militares. Fué su intento principal caer sobre Dunkerque, donde estaba encerrado el príncipe francés; pero para llevar á mejor efecto este designio, y adormecer al duque de Anjou en

brazos de la seguridad, se dirigió Alejandro hácia el Bravante, y en el término de tres meses se apoderó de las plazas de Eindoven, Dalem, Sichen y Vesterloo, mientras los franceses se hicieron al mismo tiempo dueños de otros puntos menos importantes. Se hallaba el mariscal de Biron á la cabeza de doce mil hombres; mas compuesta esta division de flamencos y franceses, que se aborrecian de muerte por lo acaecido en Amberes, no se ofrecian al general grandes elementos de victoria, por lo que inmediatamente que supo que el marqués de Rubais por encargo de Alejandro se acercaba á Rosembal, donde se habia situado á la sazón, se refugió á la plaza marítima de Estemberg (1), seguido de los franceses y alemanes, dejando á retaguardia á los flamencos con los escoceses, para tenerlos separados durante la marcha de los otros.

Mientras el marqués de Rubais seguia el alcance del mariscal de Biron, marchaba Cristóbal de Mondragon con Montigny y otros jefes sobre Dunkerque, con orden de Alejandro de bloquear la plaza por tierra y por mar, mientras llegaba el momento de sitiárla formalmente.

Se dirigió entonces Alejandro sobre Estemberg, y como no dejaba de ser el punto susceptible de defensa; se resistió en él el mariscal de Biron, hasta el punto de empeñar una batalla. Salieron vencedoras las tropas de Farnesio, con grande pérdida de los enemigos; pues segun el cómputo mas corto, ascendieron á mil y quinientos los que quedaron tendidos en el campo. Recogió el mariscal de Biron las reliquias de su gente en naves que tenia dispuestas al efecto, y se dirigió á las costas de Fran-

(1) Este punto no es marítimo en el dia. En ninguna parte como en los Países Bajos, han cambiado mas con el transcurso del tiempo las circunstancias de localidad de los diferentes pueblos, por las retiradas y avances del mar, así como por los canales y demas obras de la industria humana, que alteran á cada instante estos accidentes del terreno.



cia, donde las desembarcó, sin volver mas á los Países-Bajos.

Concluida esta operacion, se dirigió sin pérdida de tiempo el príncipe de Parma á la plaza de Dunkerque. Cuando comenzaban las operaciones del sitio, recibió una embajada del rey de Francia, quejándose de lo irregular de su conducta en atacar una plaza, donde se hallaba su propio hermano, pues equivalia esto á una guerra declarada; á lo que respondió Alejandro, que era deber suyo recuperar por la fuerza, si no habia otro medio, los lugares y plazas pertenecientes á los Estados de su rey que habian sacudido la obediencia. El mismo duque de Anjou cortó el nudo de la dificultad, abandonando á Dunkerque con direccion á Francia, en cuyas costas desembarcó con auxilios y socorros mas considerables, que sin duda aguardaba de su hermano.

Apenas hizo resistencia Dunkerque, cuando se vió estrechada por tierra y mar, y batida por veinte piezas de cañon, que estuvieron haciendo fuego por espacio de doce horas, concluyendo por derribar un fuerte torreon, y la parte de la muralla con que estaba unido. Preparadas las cosas para el asalto, pidió el general francés capitulacion, y la obtuvo, habiéndosele permitido salir con sus tropas con armas, pero sin banderas ni equipajes. Con el vecindario se condujo el de Parma cortesmente, y la contribucion que le impuso por indemnizacion de los gastos de la guerra, no excedió á los medios de una ciudad populosa y rica por sus manufacturas y comercio.

Despues de la toma de Dunkerque, acaecida en julio de 1583, llevó Alejandro sus armas á la plaza de Newport, que se entregó tambien sin mucha resistencia. Con igual rapidez cayeron en sus manos las de Berghen, San Vinox, Dismunda y Menin, mientras que Juan Bautista de Tassis, teniente de Francisco Verdugo, se apoderaba de la de Zutphen, una de las mas considerables del Norte de los Países-Bajos.

A pesar de lo favorable que se presentaba la fortuna al príncipe de Parma, le aquejaban siempre los apuros de dinero, y ademas le faltaban fuerzas para llevar adelante sus conquistas con la rapidez que le era necesaria. Volvió pues á suplicar al rey, al mismo tiempo que le daba comunicacion y el parabien por las ventajas de sus armas, que le enviase cuanto mas antes abundantes refuerzos de dinero y tropas; pues el número de estas últimas se iba debilitando con las guarniciones que tenia que dejar en las plazas conquistadas, hasta el punto de no tener mas que seis mil hombres para un día de batalla; que nunca se ofreceria para el rey ocasion mas favorable de recobrar de una vez su autoridad en Flandes, hallándose ausente el duque de Anjou, mortalmente enemistados los franceses y flamencos, y blanco de muchas acusaciones y sospechas al mismo príncipe de Orange; que solo cayendo sobre todos los puntos con una fuerza formidable, se apagaria de una vez el fuego de la insurreccion, en lugar de que obrando con lentitud, se renovarían cuando menos se pensase las hostilidades.

Mientras llegaba la respuesta del rey, siguió Alejandro el curso de las operaciones, y con objeto de tomar la plaza de Iprés, levantó un fuerte en frente de la ciudad, que la privaba de sus comunicaciones y socorros que pudiese recibir de Brujas y de Gante. Despues se hizo dueño del punto de Echeloo, de Sas de Gante, de Gwaes, de Ritemunda, de Aesel, de Hulzt y otros puntos poco importantes, y por fin, de la de Alost, que pasaba por la primer ciudad de la provincia de Flandes, y que le entregaron los ingleses, quejosos de que no los pagaban los Estados.

Despues de la toma de estas plazas, volvió á Tournay el príncipe de Parma. Aquí recibió la contestacion del rey, en que le decia de su puño, que habiéndose concluido ya la guerra de Portugal y de las islas Terceras, enviaba á Flandes toda la infantería española, distribuida en tres tercios, que ascendían á seis mil y quinientos hom